

BETANZOS:

Ciudad que sabe unir la vida moderna al prestigio de lo antiguo.

Por J. TRAPERO PARDO

Hay ciudades que, aunque se les superponga a lo antiguo una acusada actividad moderna, mantienen su valor tradicional. Pongamos a Florencia como ejemplo. Pero citemos en Galicia a Compostela, a Mondoñedo, a Ribadavia y a otros núcleos urbanos. Pero no olvidemos a Betanzos.

Betanzos, acrópolis que se alza entre valles profundos, puede levantar —y los levanta— nuevos edificios, fábricas, talleres, centros docentes. Incluso esa blasfemia urbanística de nuestro tiempo, los rascacielos. Pero Betanzos, el Betanzos que asienta su raíz en lo medieval, y, por tanto, en lo señorial, fagocita lo moderno y sigue ofreciéndose al visitante en toda su belleza románica, gótica, renacentista y barroca.

Caminar por el Betanzos de las iglesias y de las casonas timbradas con escudos, es, sin duda, una lección de Historia; pero es, sobre todo, poder comprobar que en la ciudad pervive un carácter propio, que obliga a uno a sentirse a gusto en aquellas calles, donde una columna, una balconada, una portada de iglesia le hacen sentirse unido a ellas, a «vivirlas», es decir «a ponerlas» en los tiempos en que los señores regidores y las encopetadas damas pasaban por calles y plazas haciendo reverencias o recibiendo saludos.

Cuando se llega a la cumbre del viejo castro y se halla el rincón recoleto acotado por la fachada de la iglesia de Santiago y el pazo de los Lanzós, uno siente deseo de demorarse allí leyendo unas páginas de *Agudeza y Arte de Ingenio* de Gracián, a la espera de que don Francisco Vales Villamarín —capítulo viviente de la Historia de Betanzos y porte de hidalgo— llegue para explicar, con nombres, fechas y estilos, la belleza iconográfica de la iglesia, en cuyo tímpano de la portada, cabalga Santiago guerreando, ante los asombrados ojos de piedra de los rostros que se asoman en una archivolta. El nos diría los nombres de cada Santo del retablo plateresco, o nos explicaría quién es el que yace en un sepulcro con laudas de góticos caracteres.

Sobre torres y campanarios vuela lenta —¿para qué las prisas?— una gaviota que va de un río hasta el otro, por el cual, llegada la fecha, flotas

de nuevos normandos, armados de alegres cánticos y con mucha munición de boca, irán llevados y traídos por la marea, a la toma de *Os Caneiros*. Entre tanto, otros betanceiros y betanceiras pasean por la lonja o pulmón de la ciudad —el corazón sigue en el castro— en la que las líneas renacentistas del antiguo Archivo de Galicia dan valor dieciochesco a la gran plaza, en la que, teniendo por pedestal una fuente, Diana, desnuda de pierna, muestra orgullosa el cervatillo cazado.



Fuente de Diana.
(Foto Fersal.)

Allá, en otra plaza recolecta ella, se juntan para formarla y se separan para lucir estilos, Santa María do Azougue y San Francisco. El «xabaril» de los Andrade toma el sol en un contrafuerte, mientras Nuestra Señora de la O palpa gozosa el vientre que dará su Fruto eterno. También aquí, sentado en las escaleras del cruceiro, uno

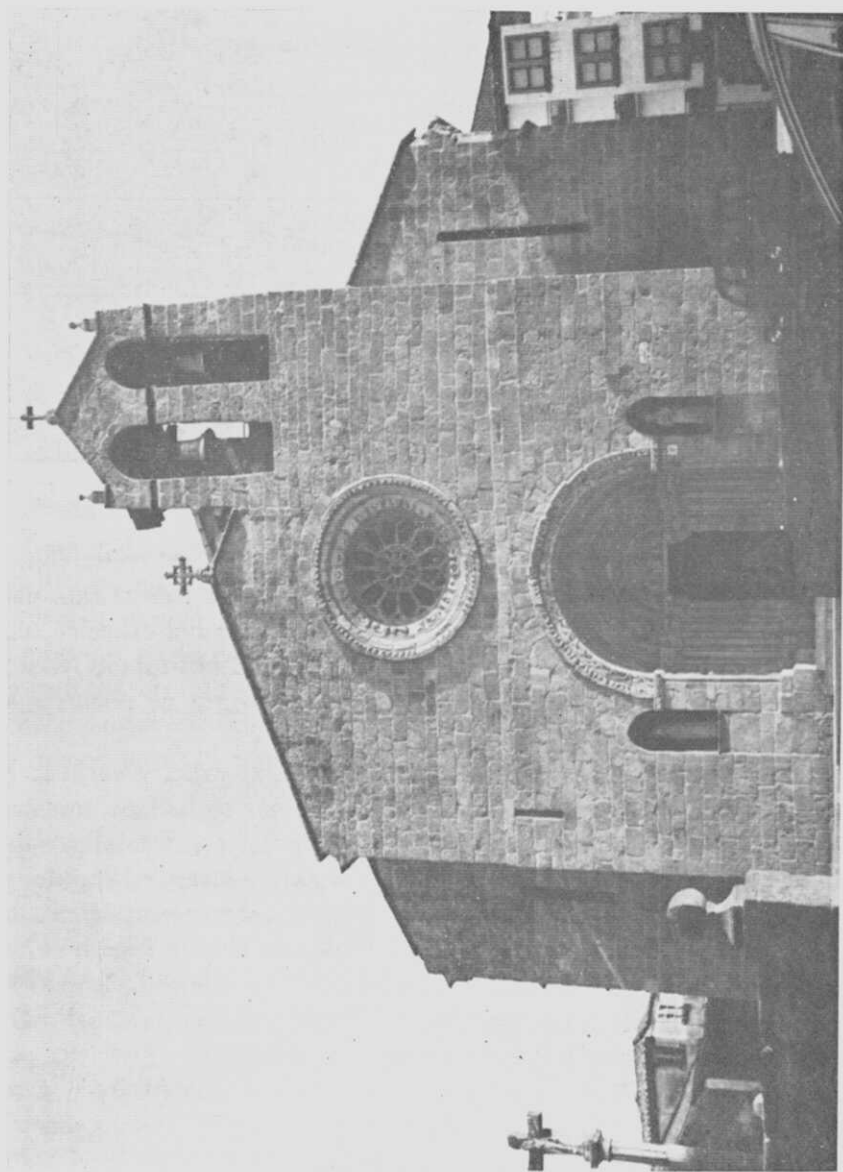
gustaría de leer poemas de Dámaso Alonso, en especial el titulado *Nuestra heredad*, que trae eco y recuerdo de místicos, de cantores, de poetas y escritores.

Y uno miraría al paisaje por la abertura que da al valle, y vería la loma en que el cementerio parece reírse de la muerte por su belleza, mientras los bancales de viñedos geometrizan la tierra en líneas casi paralelas, sobre las cuales ponen su verticalidad las maderas por las que trepa el lúpulo.

En la vida de Betanzos quedaron atrás los animales prehistóricos, los bustos de personajes, los «belvederes» de la finca de García Naveira. Hoy Betanzos navega con velas que impulsa un viento de modernidad; pero sabe conservar el rumbo de los viejos tiempos, que le dieron personalidad y fama. Se puede paladear un güisqui en una «barra» moderna; pero se puede tomar una taza de «viño betanceiro» en una taberna de la Plaza do Azougue, o sentarse bajo los soportales de la gran plaza a saborear un plato típico y a contemplar el desfile de gentes y vehículos que cruzan la vía.

Betanzos, como Florencia, sabe, en el pomo de su urbanismo antiguo, conservar la esencia de su Historia.

Y eso hace que sea una de las más hermosas ciudades de Galicia.



Iglesia de Santa María del Azogue.

(Foto Fersal)